

Causas y efectos del malestar en niños, adolescentes y jóvenes.

Muchas son las causas del malestar en los sujetos de hoy en día y numerosos los efectos del auge del capitalismo en su cruce con la ciencia y las nuevas tecnologías que empujan a un consumo desmesurado como principal y único anhelo en unas vidas inseguras, de futuro incierto, y faltas de otros valores y expectativas.

¿Qué repercusiones tienen en la vida de las personas las nuevas formas políticas y económicas?

¿Cómo se genera la violencia que salpica la cotidianidad y que se manifiesta como un fenómeno social digno de estudio, para poder atajar sus causas?

¿Cuáles son las razones sociales, políticas, económicas y psíquicas que subyacen a las diferentes situaciones donde se muestra la fractura social y/o los estallidos de violencia o cualquier otro síntoma que afecte a individuos o a grupos?

¿Por qué se incrementa el número de jóvenes, adolescentes y niños desorientados?

¿Por qué aumenta la violencia en las aulas?

¿Por qué las relaciones afectivo-sexuales ocasionan tantos casos de maltrato y sufrimiento?

Educadores, trabajadores sociales, psicólogos, psicoanalistas, médicos, policías, jueces, sociólogos...y políticos en general deberían ir más allá de los síntomas, al igual que en las enfermedades del cuerpo, y preguntarse por lo que genera el malestar. Conviene y es necesario ir más allá de lo que se informa en periódicos y medios de comunicación, en general y localizar las auténticas causas que se forman a un nivel menos evidente para la mayoría de la población.

Nuestra tarea es poner de manifiesto lo que no se ve. Sacar a la luz lo invisible, lo latente. Es un compromiso ético y responsable implicarse en el mundo, salir, conocer cómo viven los otros, que quejas tienen, que sufrimientos les acosan.

Actualmente, las situaciones de desencanto social, la falta de expectativas laborales, las graves diferencias económicas, la falta de autoridad, la caída de una función simbólica y ordenadora que sirva de guía y modelo a los hijos, las relaciones inconsistentes, el amor líquido, (los lazos afectivos se aflojan, son cada vez más débiles, debido a un auge del individualismo y al autoerotismo inducido por los modos de satisfacción que no implican al otro), las dificultades de la vida sexual, todo ello constituye la fuente de un malestar que tiene diferentes destinos.

El malestar que sufre un niño, un adolescente, un joven o un adulto en su vida afectiva o laboral, en la escuela, en el instituto, en la familia, en las relaciones con los otros...tiene básicamente dos destinos: atender contra uno mismo o atender contra los otros.

Se atenta contra uno mismo cuando uno se dirige reproches que no resuelven nada y que pueden desembocar en una depresión o cualquier otro síntoma que haga sufrir. Se atenta contra uno mismo cuando desmedidamente se consume comida, bebida, drogas, ansiolíticos, juegos, compras. Se atenta contra uno mismo cuando no se resuelven las dificultades ante el

amor, la sexualidad o el aprendizaje y en su lugar se toman falsas soluciones que cronifican situaciones de insatisfacción durante toda una vida.

Las situaciones de insatisfacción continuadas generan intranquilidad, inseguridad, angustia, violencia, desesperación... y pueden derivar, en múltiples casos, en ataques contra los otros.

Los otros, el otro, puede ser, un amigo, un desconocido, una novia, un padre, una madre (como leíamos ayer en los principales diarios: un joven de 21 años mata a su madre y luego se suicida), los transeúntes, los compañeros de un centro educativo. Todos actos relacionados con diferentes malestares en los sujetos.

La violencia que ejercen algunos jóvenes no es más que una respuesta a otras violencias o a situaciones vividas como violentas, menos visibles, que viven a diario los habitantes de diferentes zonas de la ciudad. La violencia es una respuesta a violencias que se han sufrido en la infancia, en las experiencias sexuales, en situaciones de explotación laboral...

La precariedad, a cualquier nivel, (afectivo, vivienda, educación, empleo) es un factor de riesgo que atraviesa las diferentes capas sociales. La precariedad no es solo a nivel económico, hay comportamientos absolutamente destructivos en personas cuya deficiencia es moral. La desilusión y la desesperanza pueden formarse en cualquier lugar y situación.

La línea que separa la exclusión social de la inclusión y participación ciudadana, es muy fina y frágil y necesita como medida de urgencia, la atención a las causas del malestar por parte de los diferentes agentes sociales.

Hay que señalar que niños, adolescentes y jóvenes, componen la población de mayor riesgo pero también la más receptiva a los cambios que se hagan a nivel político, social y psíquico y que repercutirán en una mejora de las orientaciones educativas, sanitarias, relacionales y de perspectivas de futuro.

Es deseable que los programas institucionales y políticos no olviden que si no atienden las causas del malestar, los estallidos y comportamientos asociales estarán cada día en un terreno más abonado.

Ana Ramírez. Psicólogo clínico (Asociación Cultural Vínculo)